

## TIENE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA UNA BASE BIBLICA Y TEOLOGICA?

P. Néstor Giraldo Ramírez

Es asunto evidente para todo creyente y toda persona desprevenida, que cuando el Magisterio de la Iglesia se pronuncia sobre temas sociales, no lo hace invadiendo terrenos que le son ajenos, sino tratando de ser fiel a la sagrada misión que le fue confiada por Cristo. "La Iglesia sabe bien, dice el Papa Juan Pablo II, que **ninguna realización temporal** se identifica con el Reino de Dios, pero que todas ellas no hacen más que **reflejar** y en cierto modo **anticipar** la gloria de ese Reino, que esperamos al final de la historia, cuando el Señor vuelva. Pero la espera no podrá ser nunca una excusa para desentenderse de los hombres en su situación personal concreta y en su vida social, nacional e internacional, en la medida en que ésta -sobre todo ahora- condiciona a aquélla" (Enc. "Sollicitudo rei socialis", n.48). Tiene la doc-

trina social de la Iglesia una sólida base y una profunda raíz en la revelación divina transmitida por los Libros Sagrados y su enunciado constituye, por tanto, un sagrado compromiso que no puede eludir. Una somera visión de la enseñanza bíblica nos abre, sobre este tema, amplios horizontes.

### **1. El "modelo" del hombre intentado por Dios**

Una lectura atenta de los Libros Sagrados nos presenta lo que podríamos llamar el "modelo" que Dios se propuso al crear al hombre y encomendarle su realización en la historia.

A diferencia de los demás seres que van surgiendo ordenadamente al conjuro de la Palabra creadora de Dios (Cfr. Gen.1,1-25), el hombre aparece como resultado de una detenida reflexión divina: "Hagamos al hombre" (Gen 1,26). Las cosas materiales llegadas a su punto de plena realización y madurez quedan en manos de quien, siendo "imagen muy semejante de Dios" (Gen. 1,26), deberá responder por su ordenado desarrollo y progreso. Tarea en la cual habrá de proceder, no sólo como personero y agente del Creador y bajo su dependencia: Dios quiere ser su amigo y compañero de tarea que busca su bien y trata de departir con él en amistoso diálogo. Ese ideal de plena armonía con Dios y de fraternidad con los hombres, lo describe el libro del Génesis en un lenguaje lleno de imágenes y símbolos (cf. Gen. 2,4b-25). La misión del hombre es una empresa comunitaria, pero de la que nunca puede estar ausente de Dios, como Señor y amigo, so pena de desviarse en sus propósitos y realizaciones.

Es una situación de armonía y paz: en ella no pueden concebirse enfrentamientos ni injusticias. La añoran los profetas, como en el caso de Isaías que ve cómo esta pacífica convivencia, que nace del "conocimiento del Señor" (11,9), llega hasta ablandar la amenazante actitud de las fieras: "Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el ca-

*brito y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los pastoreará" (11,6).*

*Pero el hombre fue inferior a su alto destino, no realizó el "modelo ideal" y el pecado frustró la realización del designio divino inicial. En la medida en que volvió el hombre su espalda a Dios, las bases de la fraternidad se debilitaron, hasta desaparecer, como se ve en el caso de Caín. Nacen el odio, la venganza y la violencia, como se insinúa en el episodio de Lamek (Gen, 4,23s). Esta sociedad desarticulada, sometida a enfrentamientos y rupturas, hace que el hombre pierda su conciencia de "imagen de Dios" y rompa los vínculos que le unen con El.*

*La elección de Abraham es un intento divino de realizar nuevamente su propósito en la historia: la fe y la obediencia del patriarca rectifican la larga historia de pecado de los siglos anteriores y Abraham se hace merecedor del título de "amigo de Dios" (Isaías 41,8; Sant. 2,23), con quien pacta una alianza que garantiza la fidelidad del patriarca y compromete la de Dios (Cf. Gen. 15,1-21; 17,1-14).*

*El pueblo de Israel, fruto de la promesa divina hecha a Abraham (cf. Gen. 12,2), deberá ostentar las características de una auténtica comunidad humana con una doble dimensión: una vertical que le une con su Dios, porque debe fidelidad a los compromisos contraídos por la Alianza del Sinaí, y otra horizontal que le hace mirar como hermanos a todos los hijos de Israel. Debería así, en el seno de este pueblo, recobrar vigencia el ideal primitivo esbozado en los albores de la humanidad.*

*Una vez establecido definitivamente en la Tierra Prometida, este ideal fraterno debía afianzarse porque su vigencia era permanente. Sus dirigentes espirituales tomaron conciencia de ello y supieron interpretar las responsabilidades de la comunidad israelita en el manejo de los bienes materiales. Una atenta lectura de los Libros Santos nos permite encontrar una*

doctrina muy bien delineada en los siguientes puntos.

## **2. Relación del hombre con los bienes materiales**

Al poner la creación toda en manos del hombre para organizarla y ejercer un ordenado dominio sobre ella (Cf. Gen. 1,26-31) el Libro Sagrado está señalando que cualquier actitud que ponga al hombre en dependencia de la riqueza y haga de él su esclavo, contradice los designios de Dios. Cuantas veces haya que deplorar situaciones de injusto desequilibrio social, no puede verse en él una disposición del Creador, sino el efecto de una torcida voluntad del hombre que con su egoísmo frustra los planes de Dios. Por eso, ni una economía de desenfrenado provecho, que lleva a la explotación, a la usura y a la injusta concentración de bienes (Cf. Amós 2,6s; 4,1-3), ni un menosprecio de las responsabilidades que implica el manejo de las riquezas, interpretan a cabalidad el pensamiento bíblico, sino que están en abierta contradicción con él. Fue el olvido de los compromisos de la alianza, lo que engendró aquellas situaciones de desequilibrio social que severamente fustiga el profeta Amós.

## **3. Doctrina bíblica sobre la pobreza**

Sólo una lectura superficial puede llevarnos a pensar que la enseñanza bíblica justifica el hecho de la pobreza como algo que viene de la voluntad de Dios, lo que nos llevaría a una ingenua resignación, que sería una forma de alienación..

Si bien es cierto que se habla en los Libros Santos de un ideal de pobreza espiritual, cuya esencia consiste en considerar a Dios como el bien supremo a quien todos los demás bienes quedan supeditados, especialmente los terrenos, son, por otra parte, terminantes las palabras con que se nos instruye sobre la forma como hemos de comportarnos para compartir los bienes con nuestros hermanos pobres.

### 3.1 La pobreza según el espíritu de la Antigua Alianza

Es especialmente bella y profunda la enseñanza del Deuteronomio, gran síntesis de lo que debía ser el "Pueblo de Dios". La presencia de pobres en la comunidad israelita, aunque es un hecho real que el escritor sagrado reconoce, debe Israel considerarla como un escándalo y ha de buscar por todos los medios remediarla. Es terminante la afirmación: "No haya, en manera alguna, pobres entre los tuyos, porque Yahveh te concederá su bendición en la tierra que Yahveh tu Dios te entrega para poseerla, si además escuchas verdaderamente la voz de Yahve tu Dios y observas los mandamientos que hoy te prescribo" (Deut. 15,4ss): la presencia de pobres en el seno de Israel ha de considerarse como algo que contraría lo que debe ser el "pueblo de Dios". Toda la legislación israelita es una explicación de los compromisos de la Alianza y está impregnada de un profundo sentido social, la fraternidad, de un fácil compartir los bienes para crear una verdadera comunidad de hermanos. Este gran ideal de justicia social aparece en prescripciones como: el diezmo trienal para "el emigrante, el huérfano y la viuda" (Deut.14,28s); la remisión de las deudas en el año sabático (Deut.15,1); la institución del año jubilar para impedir la concentración de riqueza (Lev. 25,8-17) y la gran afirmación de que Dios es el dueño absoluto de la tierra: "La tierra no se venderá sin derecho a recuperarla, porque es mía, y en lo mió vosotros sois forasteros y criados. Por tanto, toda parcela de vuestra posesión se venderá con la condición de rescate" (Lev. 25,23s). A esta enseñanza bíblica hace eco lo que el Papa Juan Pablo II afirmó en su discurso de inauguración de la Conferencia de Puebla: "Es entonces cuando adquiere carácter urgente la enseñanza de la Iglesia, según la cual sobre toda propiedad privada grava una **hipoteca social**".

Con insistencia recurre a menudo la recomendación del cuidado especial que ha de tenerse de los pobres:

"Si hay entre los tuyos un pobre, un hermano tuyo, en una ciudad tuya, en esa tierra tuya que va a darte el Señor tu Dios, no endurezcas el corazón, ni cierras la mano a tu hermano pobre. Abrele la mano y préstale en la medida de su necesidad" (Deut. 15.7). Y reconociendo el hecho de la pobreza, prescribe: "Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso yo te mando: abre la mano a tu hermano, al pobre; al indigente de tu tierra" (Deut. 15,11). Y es grande el contenido social de esta norma del Levítico: "Si un hermano tuyo se arruina y no puede sostenerse, tú lo sustentarás para que viva contigo como el forastero o el criado. No le exijas intereses ni recargo. Teme a tu Dios y viva tu hermano contigo" (Lev. 25,35s).

Este sentimiento de generosa comunicación de bienes para remediar la pobreza, basado en el más genuino espíritu de la Alianza, es el fundamento de aquella ininterrumpida requisitoria de los profetas, desde Amós hasta Ezequiel, porque pululan las injusticias y se ha endurecido el corazón hacia los pobres. Israel no logró mantener un orden social digno del pueblo de Dios como lo exigían los compromisos de la Alianza. Sintetiza así este espíritu el anónimo profeta del siglo sexto: "Sabéis qué ayuno quiero yo? dice el Señor Yahvé: romper las ataduras de la iniquidad, deshacer los haces opresores, dejar libres a los oprimidos y quebrantar todo yugo; partir tu pan con el hambriento, albergar al pobre sin abrigo, vestir al desnudo y no volver tu rostro ante tu hermano. Entonces brotará tu luz como la aurora y pronto germinará tu curación e irá delante de tí tu justicia y detrás de tí la gloria de Yahvé. Entonces llamarás y Yahvé te oirá: lo invocarás y El te dirá: héme aquí" (Is. 58,6-9)

### **3.2. Los pobres en el Nuevo Testamento y en la comunidad cristiana.**

Son muy claras las indicaciones que en el Nuevo Testamento se dan para el comportamiento de la comunidad cristiana.

Le corresponde, como "pueblo de Dios" e "Israel espiritual", realizar plenamente y para todos los hombres el modelo que el Israel histórico no logró realizar. La vida de las primeras comunidades cristianas, como las presenta el libro de los Hechos Apostólicos, pone de relieve el compromiso con los pobres y la voluntaria comunidad de bienes (Cf. Hech. 2,45; 3,32-35). No enseña el Señor en el Evangelio como un precepto, el abandono sistemático de los bienes, ni es norma obligatoria de la comunidad cristiana: siempre será mirado como una actitud voluntaria con miras "a la vida eterna" (cf. Mc. 10,17-22).

Un hecho nos muestra la vida de estas primeras comunidades cristianas a la manera de la genuina comunidad israelita que contempla el Deuteronomio: es lo que nos narra San Lucas sobre el "ministerio cotidiano" de la mesa común en beneficio de los necesitados, especialmente de las viudas (cf. Hech. 6,1-6). Es tal la importancia que le atribuyen los Apóstoles, que dedican a un grupo de siete miembros de la comunidad y, mediante la imposición de manos, dejan a su cuidado el atender a este ministerio a nombre de la comunidad. Es la realización en ambiente cristiano de la orden dada en el Deuteronomio: "No haya pobres entre los tuyos" que atrás hemos recordado. Este espíritu de fraternidad, que considera como propias las necesidades de los hermanos, palpita en las páginas de San Pablo (cf. v.g. 1 Cor. 12,26; 16,1-4).

Y la enseñanza del Evangelio trae un nuevo elemento que refuerza el valor del servicio a los hermanos necesitados: en ellos se sirve a la persona misma del Señor (Cf. Mt. 25,35ss).

Mas de la misma manera que Israel llegó a permitir la acumulación de riquezas y en su seno hubo ricos injustos y de mala entraña que merecieron severa reprensión de los profetas, como el caso de Amós y los ricos de Israel, también entre los cristianos hay quienes, olvidando el sentido de responsabilidad que debe tener el que posee bienes de fortuna, son

*injustos y avaros en el manejo de sus bienes. A estos se dirige duramente el apóstol Santiago en su epístola: "Habéis atesorado para los últimos días, el jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudado por vosotros, clama y los gritos de los segadores han llegado al Señor de los ejércitos. Habéis vivido en la molicie sobre la tierra, entregados a los placeres, y habéis cebado vuestros corazones para el día del degüello. Habéis condenado al justo, le habéis dado muerte sin que él os resistiera" (Sant. 5, 4-6).*

*Este generoso y cristiano compartir con los hermanos en necesidad lo que se tiene, es lo que llevó a San Pablo a organizar colectas entre las cristiandades provenientes de la gentilidad en favor de las comunidades pobres de Jerusalén, no como un simple gesto de compasión, sino como una bella y elocuente expresión de unidad entre las Iglesias. Es especialmente hermoso y rico en doctrina lo que dice a los corintios para agradecerles la generosa actitud de compartir con los pobres de otras iglesias los bienes de que ellos podían disfrutar. Frases semejantes encontramos en la epístola a los Romanos (15,26-28).*

*Esta doctrina evangélica que confiere dignidad a los pobres, que hace de ellos, no una clase social que se enfrenta para romper la unidad, sino la porción preferida de la Iglesia, que de manera especial realiza la presencia de Cristo que "siendo rico se hizo pobre por nosotros, para que fuésemos ricos con su pobreza" (2 Cor. 8,9), es la que debe animar la vida de toda comunidad cristiana. Este compartir fraternalmente lo que la Providencia ha puesto en nuestras manos, que puede revestir múltiples formas según las circunstancias y diferentes estructuras sociales y económicas, debe espolearnos a hallar formas de actuar y compartir que nos abran el camino para que cada comunidad cristiana llegue a realizar el modelo evangélico en que los pobres sientan la mano generosa del hermano que reconoce en el rostro del menestero a Jesús, que se hace mendigo para probar nuestra fe.*

#### 4. *La Iglesia es la vocera del Evangelio en la historia.*

Toda esta riqueza doctrinal sobre la dignidad del hombre, su responsabilidad en el manejo del mundo y de la creación con el deber de realizar el "modelo" que Dios le propuso al crearlo, son un sólido fundamento en que se basa la doctrina social de la Iglesia. Ella, "experta en humanidad", como dijo el Papa Paulo VI, vive todos los momentos de la historia y ausculta atentamente las exigencias que van surgiendo en las cambiantes vicisitudes. En cada momento ella sabe, leyendo los "signos de los tiempos", encontrar en la Palabra de Dios la respuesta que orienta la actuación de los hombres, si quieren ser fieles a los proyectos del Creador.

Al respecto anota certeramente el Concilio Vaticano II en la Constitución sobre "La Iglesia en el Mundo actual" (*Gaudium et spes*): "Ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean a los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal? Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se halla en su Señor y Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla de todos para esclarecer el misterio del hombre

y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época.... ¿Qué piensa del hombre la Iglesia? ¿Qué criterios fundamentales deben recomendarse para levantar el edificio de la sociedad actual? ¿Qué sentido último tiene la acción humana en el universo? He aquí las preguntas que aguardan respuesta. Esta hará ver con claridad que el Pueblo de Dios y la humanidad, de la que aquél forma parte, se prestan mutuo servicio, lo cual demuestra que la misión de la Iglesia es religiosa y, por lo mismo, plenamente humana" (G. S. 10.11).

Consciente de que "no tenemos aquí una ciudad permanente, sino que vamos en busca de la ciudad futura" (Hebr. 13,14), sin embargo no ha caído la Iglesia en el error de desconocer el valor de la actuación terrena del hombre y de su trascendencia: aquella "ciudad futura" se prepara con nuestra acción en la ciudad terrestre. Es el hombre la creatura que, no sólo apareció como culminación de toda la creación, sino como el ser que justifica toda la acción de Dios: tanto la creación como la redención. Suprimido el hombre de la escena carecen de sentido todas las preocupaciones, por así decirlo, que Dios se impuso al crear el mundo y al renovar la creación por el misterio de la redención obrada por Cristo. Ningún episodio de la historia humana, ninguna actuación del hombre, puede ser ajena al plan de Dios: o se realizan las cosas buscando el "modelo" previsto por Dios, o se aleja el hombre de este ideal y es éste el pecado, que al alejar al hombre de su Creador y hacerlo sentir dueño absoluto, lo convierte en el peor enemigo del hombre mismo "Homo homini lupus": el hombre se convierte en un lobo para el hombre mismo.